
SANTOS JULIÁ

Nunca son inocentes
las palabras

Artículos sobre política en *El País*
(1982-2019)

Edición de Miguel Martorell
y Javier Moreno Luzón

Con la colaboración de
Guillermo María Muñoz

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Herederos de Santos Juliá, 2025
© de la edición: Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 79-2025
ISBN: 978-84-10107-87-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción, <i>Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón</i>	15
I. TANTAS OPORTUNIDADES PERDIDAS (1982-1996)	25
1. PSOE: de la taberna al Gobierno	31
2. La LODE y la doble lógica episcopal	36
3. Ética y neutralidad	40
4. Un partido sin palabras	43
5. Correligionarios	46
6. Símbolos para la violencia. Raíces católicas y nacionalistas de la lucha armada en Euskadi.	49
7. El ángel exterminador	52
8. Vieja corrupción	55
9. Simplificar las cuestiones	59
10. Vieja nación, fiesta imperial.	62
11. Nostalgia de la razón universal	65
12. Moderados	68
13. Binomio o caos	72
14. Decir que no	75
15. Fe en España	77
16. La nación frustrada	79
17. Como una línea Maginot.	82
18. Un socio en Cataluña.	84
19. Azaña, en la derecha	86
20. Algo más que un enfado	88
21. No matar	90

22. Elogio de funcionarios	92
23. De conjuras y culturas	94
24. Como el partido hermano	96
25. Tramposa simetría.	98
26. Retorno del anarcocristianismo	100
27. Mentir como dioses	102
28. El discurso de la guerra	104
29. No aguardar a ser sol que se pone	106
30. Sin rumbo fijo	108
31. Los dos cuerpos del Rey	110
32. Larga marcha hacia el centro.	112
33. Al poder por la muerte	114
34. Madrid, Euskadi	116
35. Vacío de memoria	118
36. Nación como religión	120
37. La culpa, a la Transición	122
38. Tantas oportunidades perdidas	124
39. Ganas de centro.	126
40. La otra España	128
41. Juegos insensatos.	130
II. HAZTE RICO (1996-2004)	133
1. Invitación a la cordura	139
2. Palabra de político	142
3. Hecho diferencial y resto de España	144
4. Fuera de la Moncloa	146
5. Entre vascos	148
6. Con el Estado	150
7. Saturados de memoria.	152
8. Más de una docena	154
9. Amigos políticos	156
10. Menegilda de la derecha	158
11. Que veinte años es mucho	160
12. Si esto es un hombre	162
13. Solos en su orilla	164

14. Nacionalistas siempre ganan	166
15. Estabilidad por autogobierno	168
16. Arriesgada ocurrencia	170
17. Un lugar en la foto.	173
18. Raíces de la Constitución.	175
19. Neocaciquismo	177
20. Once en todo el siglo	179
21. La losa del pasado	181
22. Hazte rico	183
23. Mímesis irlandesa	185
24. ¿Habrá elecciones y partidos políticos?	187
25. El honor de un general.	189
26. Noche de cristales rotos.	191
27. La Academia se columpia	193
28. Con un discurso, secretario general	195
29. Un intelectual pide disculpas	200
30. Dialogar, ¿para qué?	202
31. Un talante autoritario	204
32. Fabricación del enemigo	206
33. Reinventar la historia	208
34. Contra la resignación	210
35. Mi querido amigo Menéndez.	212
36. La Iglesia tiene razón.	214
37. La vendimia del Estado	216
38. Emigrantes, no: exiliados.	218
39. Auschwitz puede repetirse	220
40. De rodillas.	222
41. Nuestro amigo americano	224
42. Sin bandera	227
43. Acuerdo sobre el pasado	229
44. Las naciones frente al Estado.	231
45. El Parlamento desdeñado	235
46. ¿Quién teme a la reforma constitucional?	237

III. FALTA DISCURSO, SOBRA CONVERSACIÓN (2004-2011) . . .	241
1. Echar al Gobierno	247
2. Con piedra blanca	249
3. Ni dios, ni pueblo, ni nación	251
4. Pasión de España	254
5. Plural y una	256
6. De la cuna a la tumba	258
7. Falta discurso, sobra conversación	260
8. ¿A dónde va el Partido Popular?	263
9. Sin ningún entusiasmo	265
10. Entre fortuna y virtud	267
11. Memorias en lugar de memoria	269
12. Nunca son inocentes las palabras	272
13. Aquel día memorable	274
14. Trampas de la memoria	276
15. Palabras y hechos	280
16. La nueva clase	282
17. Violentar la Constitución indefinidamente	284
18. El poder del Rey	287
19. Una personalidad autoritaria	290
20. Entusiasmos y obsesiones	293
21. De El Escorial a las Azores	295
22. Una crisis es una crisis, es una crisis	296
23. Inventariar todos los muertos	298
24. El pasado como representación	301
25. Lugares de la memoria histórica	303
26. Polarización inducida	305
27. Corrupción, vieja amiga	307
28. Cataluña/España	310
29. Cierre de filas cerradas	312
30. Y la chispa no incendió la pradera	314
31. No caber por haber cabido	316
32. Mirando hacia atrás	319
33. Sobre la impunidad de los crímenes del franquismo	321

34. Estado y mercado	323
35. Duelo por la República española	325
36. El arte de la interpretación.	330
37. ¿Qué les pasó a nuestros abuelos en la guerra?.	332
38. ¡Viva la regeneración!	335
39. Desalmado capital.	337
40. Parados y en la calle, indefinidamente	340
41. Una desgracia de diccionario.	342
42. La gran rapiña.	344
43. Esto ya no es una crisis	347
IV. EL FUTURO DE NUESTRA DEMOCRACIA (2011-2019)	351
1. Tantas prisas	359
2. Una imposible resignificación	361
3. Políticos y profesionales	364
4. La estrategia del superviviente	366
5. Cuando Dolores era «nuestro secretario general»	368
6. Algo más que un error.	371
7. Escribir de política es llorar.	373
8. ¿Son representativas nuestras instituciones?	375
9. Sin horizonte.	377
10. Entusiasmados por el poder	379
11. Desigualdad como antesala de la ruina	382
12. La erosión de la Monarquía.	384
13. Tantas naciones floreciendo...	388
14. Último servicio de la democracia	391
15. Una tradición inventada	394
16. Gente será, mas gente empoderada	398
17. Corrupción como quiebra del Estado	401
18. Herida por la historia	405
19. Mucha frase, ningún discurso	406
20. La devastación de los bienes públicos	409
21. Sin rumbo y dividido	413
22. Con violencia despiadada	417
23. ¿Qué hay de nuevo en los nuevos partidos?	420

24. Como si votáramos por vez primera	424
25. Catalanes en España	427
26. Salir de la trampa	431
27. Algo va mal.	434
28. ¿Un sistema gripado?	435
29. Huelga general de electores	436
30. Crisis, caída y escisión del PSOE.	439
31. Un relato para uso político	442
32. El orgullo de un nombre	445
33. La ruptura nacional populista	448
34. Insensata aventura.	452
35. Y el Estado seguía allí	453
36. La coalición del rechazo	456
37. Sobre el futuro de nuestra democracia	460
V. LÉXICO POLÍTICO (2018-2019)	465
1. Reconciliación nacional	469
2. <i>Proces</i>	471
3. Derecho de autodeterminación	473
4. Corrupción española.	475
5. Valle de los Caídos	477
6. Rebelión	480
7. Reforma constitucional.	482
8. Fascista	484
9. Conflicto.	486
10. Inscritos/as	488
11. Nacionalidades	490
12. Plataforma	493
13. Nación de naciones	495
14. España rota	497
15. Nuestra guerra	499
16. Izquierdas	501
17. Derechas	504
18. Hijos de los vencedores	506
19. Europeísmo.	508

20. Autonomías	510
21. Jefe del Estado	513
Agradecimientos	517
Índice onomástico	519

I

TANTAS OPORTUNIDADES PERDIDAS
(1982-1996)

Integran este primer capítulo 41 artículos publicados entre el 29 de octubre de 1982 y el 25 de febrero de 1996, correspondientes a las cuatro legislaturas consecutivas de mayoría socialista que sostuvieron a Felipe González en el Gobierno. Hay una notable descompensación en la cadencia de los textos, pues entre 1982 y febrero de 1994 Juliá colaboraba esporádicamente con el periódico y, aunque su presencia fue cada vez más frecuente, sólo a partir de esta última fecha empezó con las columnas semanales. Dicho ritmo queda reflejado en la selección, de modo que trece artículos abarcan el periodo que se extiende hasta febrero de 1994, mientras que veintiocho pertenecen a los dos años siguientes.

La mayoría de los textos fueron muy críticos con el acontecer político. Escaseaban los elogios, reservados por ejemplo a los funcionarios que ejercían la labor de vigilancia frente a taras como la corrupción. Para entender tal actitud conviene recordar la frase que encabeza la introducción de este libro y que figura en el artículo «Decir que no», publicado el 3 de marzo de 1994. Sostuvo allí que aún quedaba una tarea para los intelectuales de su tiempo: investigar «las patologías del sistema democrático» y exponerlas «al debate público». Esta es la premisa en la que se basaban todos sus artículos.

El eje del bloque gira en torno a la acción de los socialistas en el Gobierno. El primer texto repasa en pocas pinceladas la historia del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) desde sus orígenes hasta el 28 de octubre de 1982. La etapa que comenzó en esta fecha

suscitaba en Juliá una sensación ambivalente: por un lado, abría «un signo de esperanza», pero también «su probable frustración» porque eran muchas «las expectativas de reformas». Poco a poco, irá pesando más lo segundo. El balance general contaba a su favor con la consolidación del Estado de bienestar, al «administrar la misma mezcla de liberalismo y socialdemocracia que sirvió de base al gran pacto político y social de la posguerra en Europa», reconoció en febrero de 1995. Pero años antes, en junio de 1989, había constatado cómo se frustraban «hondamente las expectativas».

El desencanto se atisbaba ya en 1986, cuando advirtió que el PSOE, preocupado sólo por aferrarse al poder, carecía de discurso. Luego llegaron los escándalos de corrupción; la certeza de que el clientelismo había vuelto a cooptar el Estado; la cultura del *pelotazo*; las censuras al liderazgo carismático de Felipe González, que coaguló toda crítica constructiva dentro del partido, o la implicación estatal en la guerra sucia contra ETA, el grupo terrorista vasco, «la página más negra de nuestra reciente historia política», según consignó en julio de 1995. Juliá analizaba todos estos fenómenos desde una perspectiva histórica, enlazando presente y pasado.

Ocupado casi todo el espacio político nacional por el Partido Socialista, escasearon las referencias a las formaciones situadas a su derecha y a su izquierda. Del Partido Popular (PP) celebró su avance hacia el centro político, plasmado en la imagen de José María Aznar reivindicando a Manuel Azaña. Pero también reparó en que su discurso era vago y errático, carente de un programa claro y plagado de lugares comunes y expresiones inanes, como la voluntad de «regenerar España». A su vez, el desgaste del PSOE aumentó las opciones de una Izquierda Unida (IU) agrupada bajo el liderazgo mesiánico de Julio Anguita.

Mientras, ETA seguía matando. Y aquí Juliá condenó sin paliativos la ambigüedad del Partido Nacionalista Vasco (PNV), liderado por Xabier Arzalluz: sus silencios, sus palabras equívocas, tenían «el aire de una justificación, de una comprensión» de la violencia, señaló en octubre de 1994. Violencia que la Iglesia vasca, encabezada por monseñor José María Setién, legitimaba al

alimentar las imágenes del martirio, al identificar «la lucha armada con la salvífica muerte de Jesús», reprochó en octubre de 1988. Pese a su retórica independentista, la violencia etarra entroncaba con el peor pasado español, aquel que ensalzaba «la nación sagrada, la pistola exaltada como arma de política, los gritos de viva la muerte, el exterminio», escribió en febrero de 1996, tras el asesinato de Francisco Tomás y Valiente, catedrático y antiguo presidente del Tribunal Constitucional.

También abordó en estos años los estrechos vínculos entre la Iglesia y el nacionalismo en Cataluña, donde Jordi Pujol había convertido a *Convergència i Unió* (CiU) en la fuerza nacionalista hegemónica, «con todo el poder catalán en sus manos», subrayó en mayo de 1994. Pujol, además, había consumado la estrategia seguida por el catalanismo conservador desde principios del siglo XX: ser decisivo en la política nacional sin desgastarse por participar en el Gobierno.

Más allá del acontecer político puntual, asomaron otros temas. La Iglesia se resistía a perder sus privilegios, observó en diciembre de 1983, asunto al que dedicará un considerable volumen de artículos en su actividad como comentarista político. La «cultura política del pacto» había permitido cerrar las heridas de la Guerra Civil, afirmó en noviembre de 1994. También había consolidado la democracia y apuntalado la Monarquía, no ya por el carisma de su titular, sino porque la Corona reconocía a «la nación como único sujeto de soberanía», precisó a continuación. Pero al final de esta etapa ya reparaba en que la disposición al pacto cedía el paso a una creciente polarización, pues los partidos se entregaban a «juegos insensatos» de palabras, dirigidos a deslegitimar al adversario. También en que la Transición comenzaba a ser percibida como fuente de todos los males del presente, condena que siempre juzgó arbitraria pues ignoraba las responsabilidades contraídas por los gobiernos de la democracia desde 1982. Estos asuntos protagonizarían las etapas siguientes.

1. PSOE: DE LA TABERNA AL GOBIERNO

29 de octubre de 1982

En los orígenes fue una familia en torno a un abuelo. El socialismo español apareció, más que irrumpió, en el escenario de nuestra reciente historia como grupo de obreros de alpargatas –de los entonces llamados conscientes– que celebran con una comida de fraternidad y en un restaurante barato de los Cuatro Caminos madrileños su unión política. Pocos se enteraron, y menos festejaron, el nacimiento de la criatura.

El grupo no gozó, en los primeros lustros de su existencia, de fuerte salud, y su abuelo guardián, Pablo Iglesias, veló celosamente –animando a unos, reprimiendo a otros– para que no sufriera la contaminación del ambiente, que no era poca en la España de la Restauración. La primera historia del socialismo es la historia de la escueta burocracia política de un movimiento sindical que pregonaba su programa máximo sólo para dedicarse, al resguardo de cualquier aventura política, a un programa mínimo. Los socialistas de la primera hora se encerraron en su gueto más que obrero, obrerista, con el exclusivo propósito de garantizar su lento y seguro crecimiento y obtener así algunas mejoras para una clase obrera que llamaba con desesperante parsimonia a las puertas de sus sociedades de oficio. De dimensiones raquílicas, si se compara con sus hermanos europeos de la Internacional, el socialismo español

entró en el siglo atrapado en las redes, tan amorosas como asfixiantes, que el abuelo había tejido para él.

La que ya desde 1898 fue galopante crisis del sistema político de la Restauración hizo salir a la enclenque criatura de su amable gueto. El socialismo, que había enfatizado su carácter obrerista hasta el extremo, tuvo que unir fuerzas con el otro movimiento reformador que crece en España como denuncia, primero moral y luego política, de ese sistema oligárquico y caciquil en que vino a parar el invento de Cánovas. A partir de los años diez, la burocracia política del movimiento sindical socialista hace un hueco a su vera a intelectuales y profesionales que empujan al socialismo hacia el encuentro con los reformadores de las clases medias urbanas, en ruptura con una Monarquía que de parlamentaria y constitucional sólo conserva la fachada, nada lustrosa por cierto.

Y así acabarán por confluir a ese río humano que celebra gozosamente la instauración de la República española un día de abril de 1931, las dos únicas corrientes políticas reformadoras de nuestro siglo. Por una parte, los socialistas, dedicados por entero a una política social que dignifique el trabajo y la vida de una clase obrera situada en esa ancha franja que limita por un lado con el mal tirar y, por el otro, con la desesperación y el hambre. Por otra, los republicanos, empeñados entonces en modernizar un Estado cuya más probada habilidad consistía en canalizar a través de redes amiguistas y corporativas los recursos y el poder públicos para beneficio de intereses privados y parciales. Con sus proyectos de reformas sociales y su propuesta de un nuevo Estado, los socialistas y los republicanos constituyeron –tras no pocos avatares– la espina dorsal que hizo tenerse en pie a la Segunda República, cuyo mejor símbolo es, en la capital del nuevo Estado, el abrazo de los obreros que suben de Lavapiés con su blusa azul y los intelectuales que descienden de San Bernardo con su cartapacio bajo el brazo.

Las fracturas republicanas

Con todo, la confluencia de esas dos amplias corrientes reformadoras, enfrentada a la desmesura de los problemas que quedaron pendientes entre los escombros de la Restauración y la Dictadura, provocó en el seno del socialismo la reaparición de una antigua línea de fractura entre la tendencia obrerista –que se presentaba con el embeleco revolucionario– y la tendencia políticamente reformadora. La fractura llegó esta vez al límite y la querrela interna que se abrió en el socialismo en 1934 y 1935 acabó por escindirlo. El desgarró del socialismo español supuso la parálisis de la mayor fuerza política de izquierdas con que contaba la República. A causa de la debilidad que esa fractura produjo en las defensas republicanas, la rebelión militar de 1936 se llevó por delante tanto a quienes pretendían una nueva sociedad como a quienes se contentaban con afianzar un nuevo Estado. Porque, en definitiva, construir en tan corto periodo de tiempo y frente a tan poderosos enemigos otra sociedad con otro Estado resultó un proyecto desmesurado para las fuerzas en que se apoyaban el socialismo y el republicanismo: un sector de la clase obrera y campesina y otro de las clases medias urbanas. El tremendo esfuerzo que ambos hicieron para resistir la ola de premodernidad adornada de salvajismo que se les echó encima en forma de militarismo sacral acabó por aniquilarlos y disolver su alianza histórica.

No su herencia. Pues si es cierto que la historia nunca se repite, ni siquiera como farsa –salvo que algún farsante de uniforme se empeñe en dar la razón al Viejo Topo–, también lo es que las grandes corrientes históricas acaban por vencer a sus presuntos enterradores. De este modo, la liquidación del obrero consciente que formaba la primera familia socialista, y la desaparición del intelectual republicano que formó el núcleo de la primera política reformadora, han permitido que sus herencias se fundan ahora no ya simbólicamente en alguna celebración festiva, sino orgánicamente en un mismo partido.